alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

XXXII

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mío, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»[1]

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que ven-« gan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de « ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»[2] Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (*Matth.* XVIII, 2 6.)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei.... Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (*Marc.* X, 13-17.

Hijo de Dios á los niños, les colmaba de sus santas caricias, y se complacía en su humilde compañía.

Sí, el Corazón de Jesús estaba lleno de dulzura, de benignidad y de ternura para con los niños. Lo que en ellos amaba debemos nosotros amarlo como Él y con Él; y la infancia, que Él ama y bendice, debe ser, para todo buen cristiano, objeto de religioso respeto. El santo amor á los niños es uno de los más dulces tesoros del Corazón de Jesús y una de las señales del Espíritu de Jesucristo. Todos los Santos los han amado.

Nuestro Señor hizo objeto especial de su misericordia y ternura todo lo que era pequeño y despreciable para el mundo. Amó especialmente á los pobres, á los afligidos, á los débiles, á los enfermos, á los desgraciados; en una palabra, á todos los que sufren; y quiere que nosotros les amemos como Él y por amor de Él; que, compadeciéndonos de sus trabajos, les hagamos bien. Su divino Corazón, que se ha hecho corazón nuestro, rebosa por ellos de caridad tan ardiente como tierna, tan fuerte como dulce; y no seríamos de Jesucristo, si fuésemos duros con los pobres y rechazásemos á los que Él ama.

¡Oh mi buen Salvador! sí, quiero parecerme á Vos en vuestra tierna misericordia con los niños y los desgraciados. El mundo les desdeña como á Vos, y precisamente por esto yo, discípulo vuestro, que no soy del mundo, quiero amarles como á Vos, y haceros bien en su persona. «Todo lo que habéis hecho

al menor de estos pequeños, á mí me lo hicísteis,»[1] nos decís en vuestro santo Evangelio. ¡Qué regla tan admirable! ¡Qué luz para saber cuál debe ser mi conducta para con los niños, los huérfanos, los desamparados, los que sufren; con todos aquellos que recurren á mí en sus penas! ¡Infeliz de mí si mi corazón no es para ellos lo que el bondadosísimo Corazón de Jesús! ¡Infeliz si maltrato á mi Dios, ó simplemente le contristo por mi culpa, en la persona del menor de estos pequeñuelos!

¡Oh Corazón adorable, manantial de bondad! dignaos llenar mi corazón de vuestra bondad y ternura, como lo habéis hecho en el corazón de vuestros Santos.

XXXIII

Que el inmaculado Corazón de María forma una sola cosa con el adorabilísimo Corazón de Jesús

Por el *Corazón* de María debe entenderse tanto el Corazón material de su cuerpo, como el Corazón espiritual de su alma, y lo que podríamos llamar su Corazón divino, es decir, el Amor eterno y substancial, el Espíritu Santo, del que la bienaventurada Virgen estuvo total y divinamente llena.

1 Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (*Matth.* XXV, 40.)

Bajo este triple punto de vista, el Corazón inmaculado de María es todo de Jesús, y tiene relaciones tan íntimas é indisolubles con el Corazón del Hijo de Dios, que esta unión les consuma á los dos en una especie de unidad; *consummati in unum.*

El Corazón material de Jesús viene todo entero del Corazón virginal de su Madre, la cual sola ha proporcionado al Verbo encarnado la substancia de su humanidad, y por consiguiente la substancia del más noble y principal órgano de esta humanidad adorable, que es su Corazón. La fe nos enseña que cuando el Padre celestial engendró en el tiempo, en el seno de la Virgen, á Aquél á quien engendra eternamente en los cielos, el Espíritu Santo, Espíritu de amor y de unión, obró este inefable misterio de la Encarnación del Verbo tomando la más pura flor de la sangre inmaculada de María para formar de ella el cuerpo adorable de Jesús. Ahora bien; todos saben que la sangre y el corazón forman una sola cosa en el cuerpo humano: el corazón es el principio, el origen de la sangre; la difunde por todos los miembros para vivificarlos; y la sangre vuelve á él fielmente como á su primer principio, para ser nuevamente difundida por el cuerpo. El Corazón divino del Niño Jesús fué, pues, formado todo de la substancia misma y de la sola substancia de la Virgen su Madre: si es obra del Espíritu Santo, es igualmente obra de María; y pertenece todo á su Madre lo mismo que á su divino Padre. Si San Agustín dijo y pudo decir:

«La carne de Cristo es la carne de María, *caro Christi, caro Mariæ,*» con no menos verdad se puede decir: No por efecto de una confusión, sino en virtud de una íntima unión, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y el Corazón de María es el Corazón de Jesús.

El Corazón espiritual de María y el sagrado Corazón de Jesús no hacen igualmente más que un corazón á consecuencia de una indisoluble unión de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de afectos. Si se ha dicho de los primeros cristianos que no tenían «más que un corazón y una alma, *cor unum et anima una,*»[1] ¿con cuánta más razón se puede y debe decir del Hijo único de María y de esta su santísima Madre?

Si San Bernardo ha podido decir que, siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su corazón, y que así «no tiene verdaderamente más que un corazón con Jesús: *ego vere cum Jesu cor unum habeo;*»[2] ¿con cuánta más verdad no puede decir la inmaculada Virgen María: «El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi corazón, y no tengo con Él más que un mismo corazón?»

Por esto dijo un día á su querida hija y sierva Santa Brígida: «Sábete que he amado á mi Hijo tan ar-

1 Act. IV, 32.

2 Ex tract. *De Passione Domine*, super istud Joannis: *Ego sum vitis vera*, III.

dientemente, y que Él me ha amado tan ciertamente, que Él y yo éramos como un sólo corazón; *quasi cor unum ambo fuimus.*

«Mi Hijo, añadió, era verdaderamente para mí como mi corazón; cuando Él sufría, era como si mi Corazón sufriese sus penas y tormentos. Su dolor era mi dolor, y su Corazón era mi Corazón.»

Esto mismo enseñó por su parte Nuestro Señor á la misma Santa Brígida, cuando apareciéndosele un día y conversando familiarmente con ella, le dijo: «Yo que soy Dios é Hijo de Dios desde toda eternidad, me hice hombre en el seno de la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón: y por esto mi Madre y Yo hemos obrado la salvación del hombre, por decirlo así con un mismo Corazón, *quasi cum uno corde.*»

Así, pues, el Corazón de la santísima Virgen y su alma inmaculada, impecable, perfectamente santa, humilde, dulce y obediente, formaba una sola cosa con el Corazón y el alma de su adorable Hijo.

Finalmente, debe decirse con precisión todavía más absoluta, que el Corazón divino y eterno de Jesús, que es el Espíritu de amor y el Amor mismo, era verdaderamente el Corazón divino de María y el principio único de su vida, de sus pensamientos, de sus afectos y de todos sus movimientos.

El Espíritu Santo, que es en nosotros el Espíritu de Jesucristo, *Spiritus Christi,*[1] lo era con plenitud

1 Rom. VIII, 9.

en el alma de la santísima Virgen, y la unía de una manera tan perfecta y divina á Jesús, y por Jesús al Padre celestial, que esta unión, que es la gracia, la alegría y la corona de la Madre de Dios, constituye un misterio insondable en cuyas santas profundidades sólo Dios puede penetrar, y en el cual veía San Buenaventura «algo infinito.»

Así, pues, el Corazón de María y el Corazón de Jesús son uno solo en el Espíritu Santo. ¡Oh! sean también uno solo en nuestro amor y en nuestros homenajes!

Sí, Jesús es el corazón y la vida de su bienaventurada Madre; y le comunica su vida divina con tal sobreabundancia, que es hasta imposible comparar esta vida de Jesús en María á la vida de Jesús en sus mayores Santos y en sus Ángeles más encumbrados. «Vivo yo, exclamaba San Pablo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.»[1]

«Vivo yo, nos dice desde lo alto del cielo la Reina de los Ángeles y de los Santos, la Madre de la vida, la celestial Madre de Dios; vivo yo, mas ya no soy yo, es Jesús, es mi Hijo, mi Señor y mi Salvador quien vive en mí. Vive en mi alma, en mi cuerpo, en todas las potencias de mi alma y en todos los sentidos de mi cuerpo.»

Jesús está enteramente vivo en María, es decir, todo lo que es comunicable en Jesús, vive en María:

1 Galat. II, 20.

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.[1] Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hiperdulía*, es decir, de *super-veneración* al inmaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Mariæ inmaculatum, ora pro nobis!*

2 Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth.* XIX, v. 6.)

LETANIA
DEL
SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Jesu, audi nos.	Jesús, oidnos.
Jesu, exaudi nos.	Jesús, atendednos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Fili Redemptor mundi Deus,	Dios Hijo, Redentor del mundo,
Spiritus Sancte Deus,	Dios Espíritu Santo,
Sancta Trinitas unus Deus,	Santa Trinidad que sois un solo Dios,
Cor Jesu, Verbo Dei substantialiter unitum,	Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios,
Cor Jesu, Divinitatis sanctuarium,	Corazón de Jesús, Santuario de la Divinidad,
Cor Jesu, sanctæ Trinitatis templum,	Corazón de Jesús, templo de la Santísima Trinidad,
Cor Jesu, sapientiæ abyssus,	Corazón de Jesús, abismo de sabiduría,
Cor Jesu, bonitatis oceanus,	Corazón de Jesús, océano de bondad,
Cor Jesu, misericordiæ thronus,	Corazón de Jesús, trono de misericordia,
MISERERE NOBIS.	TENED PIEDAD DE NOSOTROS.